

EL GRAN ORADOR

UN VIAJE AL MÁS ALLÁ...

EDUARDO VELARDE

DIMENSIÓN EDITORIAL

DIMENSIÓN EDITORIAL

motivacionsigloxx1@hotmail.com

tel: 01 777 317 70 09

ISBN: 978-1-6176-4347-7

DERECHOS RESERVADOS: Los derechos literarios de esta obra son propiedad de Eduardo Velarde. La presentación y disposición en conjunto y de cada página son propiedad del Editor. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier sistema o método electrónico, incluso el fotocopiado sin autorización del Autor y del Editor.

EL GRAN ORADOR

UN VIAJE AL MÁS ALLÁ...

I

¡AAAHHH!... ¡ser un niño!...¡aaahhh!...¡qué regalo de la vida! Ser un niño es disfrutar la alegría de vivir. Tener un niño es conocer la belleza de la vida.

Cada vez que un niño nace es como si recibiéramos una señal de los dioses, que nos están afirmando, que confirmamos, con este feliz acontecimiento, que la vida y el mundo continuarán. Que hay semillas, que existe simiente, suficientes para asegurar el futuro. Que la esperanza de una nueva vida sigue vigente.

¡Es por ello, por ello es, que la niñez viene siendo un regalo maravilloso! Pues se trata de esa primera época en nuestra vida que se ve engalanada por un marco de inocencia que le es propio y que, por desgracia, se vive tan poco tiempo.

Hablamos desde luego de un momento mágico extraordinario, de esa etapa de la vida de todos, la que le da inicio, llena de paz, en la que parece que todas las escaleras conducen a las estrellas, y que cada sendero del campo nos puede llevar a una aventura fantástica.

¿Quién podría considerar siquiera hacer sonar los tambores de la guerra en aquel magnífico paraje infantil?... ¿quién?

Y si además añadimos el hecho de que la infancia ha sido dotada con un amplio espectro espiritual, puro e inocente, estaríamos entonces confirmando que posee por lo demás un glorioso significado. Empieza

A mis ángeles: mi madre Ofelia, mi hermano Humberto y mi A. de la G. Salomón.

“¡...les dedico a todos los seres humanos estas reflexiones!”

El Gran Orador

por ofrecernos todos los caminos, y cada uno de aquellos días futuros ensanchados a lo lejos, hacia adelante, hacia arriba, hacia el infinito. Sin nada que nos perturbe prácticamente, o que pudiéramos recordar hacia atrás con rencor o siquiera extrañar. Todavía ninguno de los escasos esfuerzos hechos perdido, desperdiciado, o al menos del que nos pudiésemos arrepentir. Todo parece nuevo y en realidad lo es, pues el mundo y todo lo que lo rodea recién se está manifestando. Estamos creciendo sin notarlo, de una manera tan natural, que todo lo que hay que hacer es mirar hacia arriba, hacia el frente, despreocupadamente y si acaso descubrimos con alguna de aquellas furtivas miradas hacia la vida, que la muerte existe, tan sólo nos sería posible imaginar que el significado de eso que llaman muerte es morir. ¡Y nada más!

¿Cómo podría entender un niño que la vida es tan sólo una victoria temporal sobre la muerte si apenas se inicia en ella?

¿Cómo podría saber alguien que se encuentra aún en la línea de partida lo que realmente significa la muerte si ésta viene al final de la carrera?

¿Cómo pudiera estar segura esa criatura que recién comienza su derrotero, que la muerte no significa sólo el despertar de un sueño en el que se ha vivido?

¿Cómo podría estar capacitado ese infante para adivinar que un hombre virtuoso y un héroe muertos aseguran una vida sempiterna en el mejor, en el más esplendoroso de los mundos del más allá, si todavía no ha acometido sus propias proezas?

¿Cómo pudiera afirmar que verdaderamente existe esa gloriosa tierra de los muertos, ese lugar delicioso, si él se encuentra arrancando el vuelo por vez primera en esta nuestra Tierra?

Otros espíritus que se han adelantado en el viaje eterno quizás podrían afirmar que es verdad, que esa gloriosa tierra de los muertos existe, que es ahí precisamente en donde esos espíritus engrandecidos serán recompensados y hasta agasajados con bienaventuranzas por toda la eternidad. Pero aun así, el más heroico de los hombres muriendo por la más honorable de las causas, nunca volverá a sentir las caricias que los rayos solares dejan caer sobre su rostro mientras camina por esos

senderos, cuando se cobija bajo las ramas de los cipreses a la vera del camino y se siente arropado por todos los bosques de este mundo, acariciado por las suaves brisas, amables, provenientes de los cuatro puntos cardinales y a la vez trastocado por los vientos más feroces ya sea que vengan del sur o del norte. Un placer aparentemente frívolo pero que lo hace sentir tan pequeño, tan simple, tan ordinario, tan humano, tan vivo... ¡empero, del que ya jamás podrá volver a disfrutar!

Eso vendría siendo la muerte. La privación de una vez y para siempre de esos pequeños, maravillosos momentos, que hacen de la vida algo que vale la pena. ¡Que sea vida realmente!

¿Pero cómo - me pregunto - un inocente niño podría adivinar todo esto...?... ¿cómo...?

Quizás sea por eso que el niño tiene que ser antes que el hombre en el tiempo, para tener la oportunidad de vivir plenamente lo mágico, lo maravilloso que la vida ofrece pues así son las cosas que se viven en la niñez. Aún las más generales, las simples, las de todos los días. Lo inocente tiene que ser antes de lo maduro pues lo que perfecciona lo perfecto es precisamente lo inmaduro.

Es por ello, por ello es, que cuando yo era niño pensaba como niño pero en la medida en que, de pronto, envejecemos, pues la edad es una de aquellas enfermedades mortales que no se curan con el paso del tiempo, empezamos a mirar hacia atrás, a escudriñar aquella etapa feliz de la infancia. Y es de ahí precisamente de donde sacamos todos los significados. De nuestras primeras experiencias, de nuestros inocentes sueños, de todos aquellos recuerdos no contaminados aún por el implacable paso del tiempo.

Por ello, en mi propia vida, mucho después en el tiempo, el niño que hay en mí se perfeccionó, y así fue aprendiendo todo eso que hay que saber y algunas otras cosas más, sobre todo cuando tuve que adquirir el valor y la fuerza necesarios para enfrentarme a la vida y seguir adelante. Fue entonces que sentí la excitación y el terror del niño que, por vez primera, descubre su propia individualidad y se ve a sí mismo, figura solitaria y aventurera, viajando del nacer al morir, haciendo un viaje al más allá, a través de un territorio virgen que debe recorrer en noche y en mañana para que se vaya consumando la propia posesión

personal durante aquella interminable, en apariencia, sucesión de los días.

Sin ningún esfuerzo, sin ninguna dificultad, recuerdo lo caluroso de las medias tardes, cuando Tonatiuh, el Sol, blandía fieramente, con todo su primitivo vigor sus flameantes lanzas mientras se levantaba y se iba proyectando sobre el techo del universo. En aquella deslumbrante luz azul dorada del medio día, las montañas que rodean el lago Xaltocan parecían estar lo suficientemente cerca como para poder tocarlas.

En aquella lejana niñez no había todavía en mí ningún sentido de la distancia; todo parecía estar ahí, nada más que al alcance de mi mano y por ello, cada día, el mundo a mi alrededor era exuberante, lleno de cosas buenas y me producía hartos calor, es por ello, por ello es, que a veces yo sólo quería tocar algo fresco con aquellas manitas de niño, manitas de todos los niños que fácilmente, esas sí, podrían ser la perfección misma. Todavía recuerdo mi infantil sorpresa cuando al estirar el brazo hacia delante e intentar tocarlo todo no pude sentir lo verde del bosque que se miraba enfrente de mí, tan cerca y tan claramente, como la misma montaña majestuosa donde alegre crecía.

Sin ningún esfuerzo recuerdo también el terminar de los días, cuando Tonatiuh se cubría con su manto de brillantes plumas para adornarse, dejándose caer sobre su blanda cama de pétalos coloreados y sumergirse en profundo sueño. Nos indicaba que ya se había ido de nuestro lado, hacia Mictlán, el lugar de la oscuridad. De los cuatro mundos a donde iríamos a habitar después de nuestra muerte, Mictlán es el más profundo; es la morada de la muerte total e irremediable, el lugar en donde nada pasa, jamás ha pasado y jamás pasará. Tonatiuh se comportaba misericordioso ya que, por un tiempo, por un pequeño espacio de tiempo en el que podíamos darnos cuenta de cuán pródigo era con nosotros, prestaría su luz al lugar de la oscuridad, de la muerte irremediable y sin esperanza alguna. Mientras tanto, en nuestro único mundo, neblinas pálidas y azulosas surgían del lago de tal manera que las negruzcas montañas que le circundaban parecían flotar sobre ellas, en medio de aguas rojas teñidas por el reflejo de los purpúreos cielos. Entonces, exactamente por ahí, encima del horizonte, por donde Tonatiuh había desaparecido flameando tan sólo un momento antes, Omexochitl, flor del atardecer, la estrella vespertina, aparecía. Esta estrella viene sin faltar un solo día, siempre aparece para asegurarnos

que a pesar de la oscuridad de la noche no debemos temer que esa misma noche se oscurezca para siempre y se sumerja en las tinieblas totales y negras, y quede solamente como un sitio arropado por la oscuridad. De tal suerte que nos proporciona la certeza de que el mundo está vivo y que seguirá viviendo siempre que la primera estrella vespertina, la flor del atardecer, se haga presente en esa su hora y en ese su lugar preciso allá en lo alto del cielo.

En la altura de los volcanes que rodean al valle se encuentran las nieves eternas. En el que llaman Iztaccíhuatl, la mujer dormida, se halla el Tlalocan, lugar de dónde vienen todos los ríos, el gran jardín de Tláloc, ese lugar maravilloso, exclusivo para sus elegidos cuando éstos mueren. Por lo contrario, en el otro enorme volcán, su vecino, llamado Popocatepetl reina Xiuhtecutli, el señor del fuego, el antiquísimo dios, aquel que es conocido como “el gran dios rojo” y por ello, por ser el hogar de un poderoso dios, es que se le da trato de lugar mágico, muy especial. Quizás por ello, sea también, que al tratar de escalarlo, desde que se llega a medio camino, con mucha frecuencia, ya no se puede sufrir el temblar de la tierra bajo tus pies, ni las llamas ni las cenizas y las piedras que de ahí brotan hacia el espacio, y en ese caso es mejor estarse quieto, quedarse en silencio, sin dar un paso más hacia adelante, hasta que se siente que ha pasado aquella llamarada, que se ha terminado la temblorina del suelo, y entonces es cuando se puede seguir subiendo sin peligro alguno hasta la boca misma allá en lo más alto, y por cierto todos lo saben, que es bien redonda y ancha, y que parece que se abre hacia fuera como tratando de tragarte aun cuando te encuentres a un cuarto de legua de ella, sin embargo, desde ahí, puedes ver aquel río de fuego que brota de la entraña de la tierra, aquel brillante “dios rojo” que se encuentra en plena ebullición y constantemente tú lo ves que está regresando al centro de la tierra misma y a veces arroja pequeños pedazos de su lava a los hijos del valle y a todas las lagunas que lo rodean, y también a todos los pueblos que están en sus laderas llenos de gente para que sus moradores sientan, para que éstos no olviden, su enorme presencia.

Sin ningún esfuerzo recuerdo muchas noches de aquellos tiempos pero hay una en particular que viene a mi mente muy seguido. Metztlí, la Luna, había terminado su comida mensual de estrellas, y estaba llena, hartos satisfecha, tan ahíta en su redonda brillantez que la figura del conejo sobre la superficie lunar estaba grabada tan claramente

como una escultura tallada del templo. Había un ambiente claro y fresco; la claridad vetada de luces y sombras que proyectaba la Luna por debajo de las ramas extendidas de las emplumadas hojas de los más viejos de los antiquísimos árboles, de esos ahuehuetes, de esos cipreses añosos formados agradeciendo su presencia.

Ya sabíamos, porque habíamos oído narrar por boca de los grandes oradores, en repetidas ocasiones, de las terribles acechanzas que nos aguardaban en la oscuridad de la noche, ocultos a la visión de cualquier persona. Lo intuíamos también porque lo cargamos en la sangre que heredamos, porque estas leyendas nacieron de aquellos cultos ancestrales que nuestros antepasados hacían a la madre, a la Luna y por ello es que se requiere, para entrar en el secreto, de cierta conexión de sangre que nosotros sí poseemos, pues se trata de aquella misma sangre que circula por nuestras venas, que riega nuestros sentidos, desde siempre.

Aquel extraño ritual celebrado con gran solemnidad por nuestros antepasados, que se realizaba en secretos cónclaves alrededor de una gran hoguera sagrada para la cual ellos mismos acarreaban la leña mientras eran iluminados por los rayos lunares, y en consecuencia, por esa diosa lunar que todo lo ve y que hace crecer y menguar a los ríos. Una diosa muy especial pues exige sacrificios, sangrientos los más y por ello era que en esas reuniones frecuentemente se extraían sangre con espinas de maguey de diferentes partes del cuerpo y también se abrían heridas con navajas de filosa obsidiana sobre las trémulas carnes de los participantes, de estos y de aquellos, y se rociaban los unos a los otros con sangre fresca recién extraída de los camaradas, de tal manera que al final de aquel baño sangriento todos los presentes terminaban siendo hermanos por la sangre derramada y compartida fluyendo libre entre ellos, por aquella sangre ahora comunal acunada en sus entrañas llevando por testigo a la madre Luna, y entonces ese complejo ritual, lejos de ser sólo una orgía sangrienta más, se convertía en una poderosa liga de hermandad.

Allí estaba también presente el espíritu de Chocacíhuatl, la Llorona, la primera de todas las madres que murió al dar a luz pues muchas veces se oía a lo lejos, como saliendo de la oscuridad de la noche, su lamento estrujante, sus gritos emitidos seguramente por el espíritu dolido de aquella extraña mujer que se afirma andaba vagando

por las veredas, por los bosques, y que lloraba copiosamente con llanto tan amargo, lamentándose de la muerte de sus hijos y de la pérdida de su propia vida y que iba gritando por los senderos nocturnos, dando aquellos agudos gemidos, aquellos gritos desgarradores de puro dolor : “¡ay mis hijos ... mis hijos...hijitos míos!

Por allí andarían sin falta, acompañándola en sus andanzas nocturnas, las calaveras descarriadas que iban danzando, separadas de sus propios cuerpos, que parecía flotaban a través del aire, al acecho, cazando a aquellos viajeros que habían sido atrapados por la oscuridad de la noche. Si algún mortal llegaba a vislumbrar alguna de estas cosas, sabía que era para él un mal presagio, de muerte segura o de infortunio permanente. Estas apariciones repentinas, por cierto, podrían ser sólo un llamado peligroso, o simplemente se podrían convertir en sombras evasivas que se deslizaban en silencio, tal cual testigos acechantes pero siempre activos y prestos a la sorpresa.

Había también otros habitantes de las tinieblas que de vez en cuando se aparecían en algún sitio y en cierto momento, según aseguraban los grandes oradores, casi siempre, los más viejos de las aldeas. El más pavoroso de todos – aseguraban sin recelo ninguno - es el temible dios Yooh Ehécatl, viento de la noche, que sopla fuertemente a lo largo de los caminos durante toda la noche, intentando agarrar a cualquier hombre incauto que camine sobre los senderos nocturnos, aventurándose entre aquella oscuridad, la cual es aprovechada precisamente por aquel dios maligno.

Cuentan que cuando ese dios se aparecía la gente temía que algo malo fuera a ocurrir, pues a la vez que se empezaban a notar sus andanzas sobre la Tierra, éstas se interpretaban como una especie de sugerencia directa de que podría haber guerras, enemistades y discordias, de donde resultarían muchas desgracias, fatigas y desasosiegos. Decían que él mismo los incitaba, que movía a unos hombres en contra de los otros para que tuviesen guerras, para que pelearan entre sí. La gente le nombra el sembrador de discordias, y todos están de acuerdo en que efectivamente se trata de un dios malvado.

Hablamos de la deidad del Sol que se pone, o sea, el maligno de las tinieblas. Su signo es el jaguar, esa fiera alevosa que acecha para asaltar al hombre descuidado; es aquel dios malvado que en la noche

devora al Sol, es decir, que priva al mundo de la luz y del calor. Es el que todo lo sabe. Y por ser el viento helado de la noche anda en todo lugar, en el Cielo, en la Tierra. De pronto, se aparece al hombre como si fuera un fantasma, como masa informe, como sombra gris en la encrucijada, precisamente en el lugar de las incertidumbres, donde el caminante duda por cuál de todos aquellos caminos seguir y es por ello que la gente erige asientos de piedra desde hace mucho tiempo en esos sitios cruciales, para que aquel dios malvado tenga dónde descansar de su vagabundeo y de sus ímpetus desbordados, con la esperanza de tener a este dios siempre en un indulgente estado de ánimo pues asumen que así bien podría agarrar a alguien para dejarlo libre después y aún concederle algún deseo que ansiara su corazón y una larga vida para disfrutarlo, pues es de todos conocido, que el viento de la noche, o sea aquel ladrón maligno de las tinieblas, puede ser tan caprichoso y voluble como cualquier otro viento, como si fuera uno de los buenos.

Empero, aun así, sigue siendo misterioso y temible, y además invisible como la noche, tal y como lo son todos los otros vientos. Se dice que es dueño de todo lo que vida es y amo también de toda propiedad. Es el dios de los salteadores, el hechicero que ejecuta sus brujerías en la oscuridad de la noche; el mago que es capaz de deslumbrar a todos los hombres con sus temibles actos, y de engañarlos con esos sus trucos inverosímiles y de hacerles muchas malas jugadas.

Cuentan los antiguos oradores, que en un juego de pelota contra Quetzatcōatl, en plena faena, de pronto, se convirtió en esa fiera traicionera que es su nahual, en un impresionante jaguar con aquella piel negra brillante, con esos ojos refulgentes, sedientos de sangre, un ejemplar aterrador y cuando de pronto abrió el hocico y mostró aquellos terribles colmillos blancuzcos y se relamió con aquella larga lengua negruzca en medio de un gran rugido, la gente que estaba mirando se espantó de tanta manera que mejor dieron por huir y con el tropel que llevaban y ciegos de espanto como estaban cayeron uno tras otro y se fueron despeñando por aquella agreste barranca que va a dar al río que por ahí pasa y la corriente los atrapó arrastrándolos con ella y al parecer, todos perecieron ahogados.

Yo sabía acerca de éste y de todos los espíritus de las tinieblas y por cierto les temía pero hubo una noche especial que invitaba a salir al campo a pesar de todo. Además, aquella noche, sintiéndome

temporalmente ubicado más alto que cualquier otro hombre aprecié cómo una leve brisa me tocó como anunciando el ventarrón que enseguida vendría, pues noté que mi pelo era cepillado por las frondas mohosas de los cipreses y mi rostro acariciado por los rayos veteados de la luna, y entonces, de pronto, ya no sentía ningún miedo. Muy por el contrario, estaba expectante.

Probablemente era la primera vez que en realidad me había parado a la orilla de la noche, junto a la oscuridad y con el sentimiento profundo de encontrarme totalmente solo en el mundo, y eso hizo que me cuestionara en voz alta: ¿provengo yo de las estrellas?... ¿a dónde voy?... ¿qué puedo tener que me haga mejor?... ¿tendré que enfrentar la cólera de los dioses?...

Y al no encontrar rápidamente respuestas a mis desgarrados gritos me sentí desolado, casi perdido. El miedo empezaba a rondar nuevamente por mi mente. El lugar donde estaba sentado era sólo una pequeña isla dentro de la luz opaca y todo lo que la rodeaba estaba oscuro, vacío y el suave y temible gemido del viento nocturno era mi único acompañante porque entonces me encaminaba solo, bajo las silenciosas estrellas y en ese lapso percibí lo que el silencio tiene de poderoso. Era, como ya dije, una noche ennegrecida por la tormenta inminente. Bajo una gran saliente de roca me guarecí y me quedé escuchando sus notas que son como el fantasmal lenguaje de la Tierra y tienen además una violenta morada en los vientos distantes. Y entonces fue que, allí, bebí un sorbo de aquel maravilloso poder.

Sin duda la soledad es propicia para la reflexión y es entonces que recordé aquellas premisas que mis ancestros se habían planteado ya una vez, ya otra. Y con ello también el miedo se despejó.

Puedes esperar muchas clases de vida. Puedes ir en la dirección que escojas. Puedes ir solo o acompañado. Los compañeros quizás caminarán contigo una distancia corta, algunos lo harán en tramos más largos pero al final de tu vida, no importa cuán llenos hayan estado tus caminos y tus días, habrás tenido que aprender lo que todos aprenden. Y ese aprendizaje te va a indicar claramente que un hombre no puede estar pescando plácidamente en este lago y tener la vana ilusión de estar haciéndolo en aquel otro. No pierdas el tiempo pues entonces será

demasiado tarde para comenzar de nuevo, demasiado tarde para cambiar de lago, demasiado tarde para todo, excepto para el remordimiento.

Así es que mejor escúchalo bien ahora y recuérdalo siempre: ningún hombre ha vivido nunca más que una vida y esa vida que ha vivido ha sido escogida por él mismo con sus decisiones y la mayor parte de ella la ha vivido solo. Al igual que lo estuvo en la crisis del nacimiento, pero como no se puede vivir la vida hacia atrás, resulta ser el principio alarmante del terror sobrenatural y es por ello, por ello es, que al final, como si todo esto hubiera sido ya un largo viaje al más allá vuelves a quedarte solo.

El mañana es hoy. El mañana fue ayer, el mañana empieza cuando nacemos y nos llega gracias a lo que nosotros mismos escogemos, lo que somos y lo que no. Dejamos inconclusas muchas de las cosas debidas y también muchas de aquellas otras cosas.

¿Qué es el futuro?... ¿Qué es el pasado?... ¿Qué somos nosotros?... ¿Cuál es el fluido mágico que nos rodea? Vivimos y morimos en medio de muchos enigmas maravillosos.

Así que, todo lo que yo viví está condenado al tiempo, a mi tiempo. Y por cierto, lo que me queda de tiempo en este tercer y último ciclo de mi vida, podría ser eterno pero entonces se volvería un caos y en paralelo resultaría que el espíritu no es, que no vive.

II

Quiero confesar aquí, que estas reflexiones que ahora estoy haciendo, se las dedico a todas aquellas personas que en un tiempo pasado creyeron que mi inteligencia irradiaría extraordinariamente, cual si fuera una aureola brillante en aquella frente mía de la juventud, como una corona expuesta a la vista de todos y que duraría para siempre; a aquellos otros individuos que se olvidaron de mí apenas mi derrotero descendió al infortunio; a esos otros sujetos que al recordarme alguna vez pensaron que debo haber fracasado y además se seguirán preguntando por qué no fui lo que pude haber sido; ¿y por qué no? también se las dedico a aquellos queridos compinches míos que en

ocasiones me calificaron a mí como si también fuera gente bárbara, al igual que ellos, y estuviera entregado por supuesto a comerme a mis semejantes en orgías sangrientas y a tener relaciones de la carne con otros hombres como yo, y además con mujeres públicas dispuestas al sacramento, entre los altares sagrados que ellas mismas atendían en aquellos templos; y a aquellos otros individuos que, aunque habitantes de otras regiones, me seguían señalando como dechado de virtudes naturales y de otros tipos. ¡Mejor ellos!

¡Empero, a pesar de éstas y de otras nimiedades que en mi contra han ocasionado, de todas maneras, les dedico a todos esos seres humanos estas reflexiones!

III

Si consideramos que la vida en esta Tierra empezó incuantificables años antes de que yo naciera, cuando en nuestras praderas nada se movía más rápido de lo que nuestros mensajeros más veloces podían correr; excepto cuando los dioses se movían y no había ningún ruido más fuerte que el que podían hacer los mares en tormenta y las más exuberantes cascadas; excepto cuando los dioses hablaban. Y era Tláloc, el dios de la lluvia, el que hablaba en tono mayor, con sus tormentas resonantes que rompían de paso las grandes cáscaras de nubes, despedazándolas con gran estruendo de rayos y relámpagos, con rugido de truenos, y escupiéndolas violentamente sus cascadas de lluvia. Es Tláloc dios del agua en general pero también lo es de los temblores y de las conmociones de la Tierra.

Y, por cierto, lo es a plenitud, pues esta tierra nuestra que tan acostumbrada está a todo tipo de inundaciones y temblores, viene siendo su terruño natural.

Es por ello, por ello es, que algunos hombres sabios le achacan la culpa por los terremotos, por los temblores que en todas partes ocurren pues aducen son consecuencia de su vibrante actividad. Como el tumulto causado por sus tormentas, que habiendo abonado todo el terreno, que habiendo sembrado vientos, que habiendo preñado matrices hace que nazcan las plantas, aunque sólo sea para empezar a morir, como si de

mujer fueran vástagos, y éstos resultan ser: las hortalizas, las hierbas, los árboles y sus frutos, los vegetales.

Nacen de la madre Tierra, de la Tierra bienaventurada, Tierra cálida, Tierra del Sol, Tierra verde; la Tierra que provee de todo cuanto necesitamos, la Tierra cantora, la Tierra de los seres vivos.

Yo por mi parte, ya nacido de esa misma madre Tierra y ya crecido en este mismo mundo que se remueve, tiembla y se inunda, sólo tengo mi propia experiencia que seguramente proviene de mis recuerdos, algunos de ellos buenos y otros algo amargos, pues de todo hay, más aparte todas esas vivencias mías. Es por ello, por ello es, que esta es la hora en que he empezado a ser mi nahual, el mío propio, mi animal de la guarda, pues he comprendido después de mucho rebuscar por aquí y por allá que no hay otro espécimen tan conveniente para serlo, y ser considerado por mí porque es preciso que algunas cosas se unan para lograr un fin, sobre todo si se trata de un fin espectacular. Para lograr un todo. Así como un solo hombre no es causa del movimiento humano sino muchos hombres; así como una sola piedra no hace una choza, se requiere de muchas piedras.

Sepan todos que el destino implacable me desarraigó de la prosperidad incipiente y con toda crueldad me lanzó por esas inmensas llanuras de la vida, me aventó, me manipuló para que deambulara por ahí, y de hecho, viajé por aquellas tierras y fui un peregrino más durante toda mi vida, tan solo un caminante, un sobreviviente, por aquellas tierras extrañas, un vagabundo solitario acompañado por los vientos silenciosos, y la mejor parte es, que al final, me extinguiré como ellos, sin dejar más nada que ruido y desolación.

Estoy tratando de explicar aquí cómo, poco a poco, dejando atrás lo que al principio podía haber en mi razón, he ido pasando por los círculos vitales y he elegido en ellos mis acciones así como mis moradas, y también mis compañías, pero si quisiéramos enumerarlas detalladamente, seguro estoy, tendríamos que dejarlo para otro ocio.

IV

La primera realidad con la que el mundo se enfrentó fue la oscuridad. Y de ella nació el caos y a su vez, la Tierra nació del caos, y ya uncida da a luz a la noche, al día, al aire y a la mansión de los muertos. Se cree que la noche y la mansión de los muertos se unen y dan origen a la sombra, a la vejez, a la muerte, al sueño, a la discordia, a la ira, a la alegría. De la unión de la Tierra y el Aire nacen el terror, la amargura, la tristeza y todos los malos sentimientos que molestan al hombre. Cuentan que la Tierra se hallaba en sueños y cuando despertó miró hacia el Cielo y de esa primera mirada brotó el mundo todo. De la parte superior el Sol, la Luna, las Estrellas; de la inferior los ríos, los montes, los bosques, las flores, las plantas, los árboles y comenzaron a existir los animales. La caracola toda que constituye el universo.

Una de las variantes fue la concepción del principio dual, en el que hay dos pilares fundamentales: el de las tinieblas y el de la luz. Que se traducen en el mal y el bien. En lo negro y lo blanco. En el abismo y la cima. En lo femenino y lo masculino. En lo frío y lo caliente. Todo es doble. Todo tiene su par opuesto. Nuestra percepción del mundo es dual. Y así, de la oscuridad hacia la luz, el hombre se distingue por el contraste con los dioses pues los hombres, como todos los demás seres vivientes, tuvieron su origen después en el mar inmenso. Ya que de la unión del mar y de los ríos nacieron. Son creación del mar padre y de las aguas del caos.

Empero, donde han sido efectivamente formados ha sido en el seno de la Tierra; dado que el centro de la Tierra es un crisol de fuego, y el fuego engendra fuego; el fuego crea calor y el calor crea vida. El fuego es la energía creadora que se va subiendo desde la entraña misma de la madre Tierra hasta llegar a nosotros, a toda la creación. Aquellos colosos, aquellos volcanes majestuosos, llenos de fuego en su interior, habitados y asegurados por aquel dios rojo, son sus instrumentos creadores y sus mejores exponentes.

Es tan cierta esta afirmación, según decían nuestros antepasados, que es creencia nuestra que lo que no genera calor se hace sospechoso.

Yo afirmo completamente orgulloso ser hijo del fuego. Primero vida me dio y ya después me alcanzó marcándome con sus flamas. Siempre he sentido su llamada, su cercanía. Voy y me acerco al calor, pues el fuego me complace constantemente. Te cuento. Hubo un día, señalado para mí, que subí hasta la cúspide misma del gran Popocatepetl, buscando como siempre un acercamiento a sus calores sagrados, a sus vapores que tanto y tanto me gusta disfrutar, no solamente de su consistencia sino además de sus olores, tan distintos a los del temascal que se auxilia con todas esas ramas y esas hierbas hirviendo, soltando sus vapores dentro de aquella choza de barro, saliendo por entre aquellas rocas calientes, atizadas por el fuego, ya al rojo vivo y al que también tan acostumbrado estaba yo. En esa ocasión tan especial me acerqué tanto a la boca sagrada, relamiendo de fuego la cúspide del gran volcán, que en un descuido sentí que algo me mordía en la parte de atrás de mi pierna, de la izquierda, a la altura del tobillo y al voltear descubrí aquella afilada lengua de fuego que sobresalía de la gran boca roja y que me lamía y luego me mordía, y que al final me marcaba con su sello eterno, con una gran mancha roja a la altura del tobillo, que ya jamás se ha retirado de mi pierna, la izquierda, y que ahí sigue tatuada sobre la piel y seguirá hasta el fin de mi tiempo sobre esta Tierra, y que me señala, y es así que me distingue como su muy orgulloso hijo. Y por ello seguro estoy que me la llevaré conmigo al final de los tiempos para entregarla como una humilde ofrenda al dios rojo, mi padre, cuando agua sea y como un río me vaya al mar, que es el morir.

El fuego es vida, está vivo. Nace, crece, se reproduce... pero no muere.

¡El fuego es inmortal!

Es por ello, por ello es, que los hombres, por haber sido formados por la Tierra, su verdadera madre, que les ha dado a luz, deben considerar a la tierra en la que habitan como su única madre y su nodriza pues también los ha alimentado y los seguirá alimentando.

¿Cómo se puede tranzar con el firmamento? me pregunto, o tal vez, con el calor de la Tierra, si no somos dueños de nada, ni de la frescura del aire ni de las aguas broncas ni del fulgor del fuego.

Es lo mismo en la naturaleza; el río rompe su cauce, el mar se traga sus propias playas, el viento arrebata los árboles, el volcán hunde todo cuanto encuentran sus lavas. Son las fuerzas de la naturaleza que en su obra destructiva se parecen todas.

Es por ello, por ello es, que cada parcela de esta tierra es sagrada para mi pueblo. Cada pino brillante, espigado y oloroso, cada grano de maíz, cada gota de rocío en los oscuros bosques, cada loma y hasta el sonido de cada insecto es sagrado a la memoria y al pasado de mi pueblo. La savia que circula por las venas de estos árboles lleva consigo la memoria de nuestros ancestros.

Nuestros muertos nunca olvidan esta bondadosa tierra puesto que ya ahora en cenizas forman parte de ella, de su madre. Aunque en realidad todos somos parte de la Tierra y al igual que ella respira por cada uno de sus poros nosotros lo hacemos por cada uno de los nuestros, así como ella nos enseñó; es por ello, por ello es, que ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas que de ella nacen son pues nuestras hermanas. El agua cristalina que corre por ríos y arroyuelos no es solamente agua sino también representa la sangre derramada por nuestros antepasados. Es por ello, por ello es, que cada reflejo en las claras aguas de nuestros lagos, que a veces parecen fantasmagóricas, cuentan los sucesos y las memorias de la vida de nuestra gente, si se las sabe leer. El murmullo del agua es la voz del padre, de mi padre, de nuestro padre. Los ríos son nuestros hermanos y sacian nuestra sed; son portadores de nuestras canoas y alimentan a nuestros hijos. Estas tierras, nuestras tierras, son un lugar tranquilo donde se puede escuchar cómo se abren las hojas de los árboles en primavera, cómo aletean los pájaros en su eterna fuga hacia el infinito y cómo los insectos viven y emiten sus sonidos.

Y después de todo, me pregunto: ¿para qué sirve la vida si el hombre no puede escuchar los sonidos de su entorno natural?... ¿como cuál?... ¿como las discusiones nocturnas de las ranas al borde del estanque! Este es solamente uno de ellos.

Deben enseñar a sus hijos que el suelo que pisan son las cenizas de nuestros ancestros. Enseñarles que esta tierra está enriquecida con la vida y con la muerte de nuestros antepasados a fin de que aprendan a respetarla. Enseñen a sus hijos que la Tierra es nuestra madre y que

tendrán que defenderla contra todo lo que intente atacarla y además tratar a sus semejantes como hermanos salidos del mismo seno. De la madre Tierra.

Todo lo que le ocurra a la Tierra les ocurrirá a los hijos de la Tierra. Si los hombres lesionan a la Tierra se están lastimando a sí mismos y es ahí cuando se pierde el equilibrio y en consecuencia todo empieza a enloquecer, a desaparecer. Termina la vida naturalmente desarrollada y empieza la supervivencia. ¡Sálvese quién pueda!

Todo aquello estaba como encadenado al cielo, conectado con aquel orden espacial, con todos los otros mundos que se miraban en las noches claras, todos esos otros órdenes universales, tan perfectos al lado de las estrellas, que parecían también obra de aquel perfecto caos. Aún cuando ese perfecto caos haría suponer que aquí en la Tierra sería un lugar de mucho llanto, lugar donde serían bien conocidas la amargura y el abatimiento. A pesar de que un viento como obsidianas filosas sople y se deslice sobre nosotros. Que no sería lugar de bienestar en la Tierra, que no habría alegría, que no habría felicidad. Sólo lágrimas, lágrimas de dolor de nuestra raza, penas y lágrimas nuestras por la vida, por la incertidumbre que es la vida del hombre sobre la Tierra.

Pues a pesar de todo, en este nuestro único mundo, se daban esas tardes de alegría demasiado sana, estridente, casi animal. Recuerdo sin esfuerzo alguno un día nublado cuando algo insólito sucedió. Hubo un intervalo casi misterioso que afectó la luz solar, durante el cual todo pareció cambiar. Y pude contemplar con toda la placidez de un observador atento esas grandes extensiones del verdor del bosque; las largas franjas de verdes que se extendían formando islas bordadas en colores. Pero los rayos del Sol eran débiles y no tardaron en ser absorbidos por el sereno paisaje. Había unos jardines maravillosos que sólo podían ser descritos como de un volumen tal que parecía se unían con el mismo cielo y entonces se mezclaban los colores: el verde, el amarillo, el rojo y el azul.

Y al poco tiempo la Luna hizo su aparición repentina y se opuso al Sol. Parecían querer luchar el uno contra la otra. Se fue acercando lentamente la Luna al Sol. Y ésta, la Luna, lo empezó a tapar lentamente como si lo quisiera partir en pedazos y a continuación comerlos todos y cada uno de ellos, por golosa; las sombras aparecieron

tapándolo por partes hasta que en un momento dado estaba todo negro. Sólo se veía una lucecilla muy brillante en un punto de su entorno. Y entonces algo pareció modificar nuestro ambiente ante tal suceso. Todo se petrificó. Las personas nos quedamos mudas, sobresaltadas ante aquel fenómeno y no acertamos más que a tomarnos de las manos buscando algún consuelo entre nosotros, seguramente se trata de un reflejo natural ante el peligro, tratando de encontrar la fortaleza que nos diera refugio ante aquello que atónitos contemplábamos con nuestros propios ojos. Aterrados nos mirábamos los unos a los otros pues fácilmente se veía que el Sol se iba, desapareciendo para siempre, como raptado, como comido por la Luna y con él seguramente también nosotros. Aturdidos ante la evidente superioridad de la naturaleza e incapaces de hacer nada ante ella, indefensos y con nuestro ancestral miedo ante lo desconocido, y con la carne erizada por el terror al mirar, al vivir, aquel fenómeno sobrenatural.

Los animales también lo resintieron pues empezaron a salir despavoridos de sus guaridas y a algunos les dio por correr, y a otros por volar sin sentido pues parecía que se había hecho de noche a una hora inusual. Los que deberían estar despiertos se dispusieron a dormir. Los que deberían estar dormidos se despertaron súbitamente ante la presencia de aquella oscuridad que normalmente era la señal para hacerlo.

Creímos por un momento que todo había acabado. Que aquellas antiguas predicciones que hablaban de la muerte de todos los dioses y del fin de los tiempos en ese preciso momento se hacían realidad, y que nosotros seríamos no solamente testigos sino víctimas inocentes de aquel antiguo presagio.

Y cuando ya estábamos casi seguros que eso era precisamente lo que estaba sucediendo, que nuestro final estaba ahí y que era una realidad que podíamos constatar, de pronto, el Sol, empezó a aparecer de nuevo por el lado contrario, sus rayos brillaban tal como antes y mandaban esa luz de día que tan solo unos momentos antes nos había negado. La Luna, probablemente avergonzada por su atrevimiento, se empezó a retirar por el lado contrario supuestamente hacia su morada de donde nunca debió salir a aquella imprudente hora. Y cuando el Sol quedó pleno nuevamente, amo y señor del universo, tal y como debe ser, todo volvió a la normalidad como por arte de magia. Personas y

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

